

temente este horror al pecado: diles á menudo como la reina doña Blanca á S. Luis: Hijo mio, aunque es muy grande la ternura con que te amo, antes quisiera verte muerto que en pecado mortal. Haz muchas veces esta oracion, y ensénala á tus hijos: Concededme, Dios de pureza, la gracia de velar con tanto cuidado, y de orar con tan grande eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Haced que me aleje tanto de todas las ocasiones de pecar, y que conciba tan grande horror á todo lo que puede manchar mi alma, que ninguna cosa sea capaz de hacerme caer jamás en pecado, ni perder vuestra amistad y gracia.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES ERON, ARSENIO, ISIDORO Y DIOSCORO NIÑO, en Alejandria; á los tres primeros en la persecucion de Decio atormentó el juez con varios suplicios; y viendo que no desfallecia su constancia, los mandó quemar. Dióscoro fué azotado de muchas maneras; pero quiso Dios que le dejasen libre para consuelo de los fieles.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES DRUSO, ZÓSIMO Y TEODORO, en Antioquia.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS JUSTO Y ABUNDIO, en el mismo dia; los cuales en tiempo del emperador Numeriano por mandato del presidente Olibrio, fueron echados en una hoguera, y saliendo de ella ilesos, los degollaron. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LA PASION DE LOS SANTOS NICASIO OBISPO, EUTROPIA VIRGEN SU HERMANA, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES, en Reims; los cuales murieron á manos de los bárbaros enemigos de la Iglesia. (*Véase la historia de este martirio en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN SPIRIDION, obispo, en la isla de Chipre: fué otro de aquellos confesores á quienes Galerio Maximiano, sacado el ojo derecho y jarretados los nervios de la rodilla izquierda, condenó á las minas: este Santo estuvo dotado del espíritu de profecía y del don de milagros; y en el concilio de Nicea convenció á un filósofo gentil, que escarnecía de la religion cristiana, y le convirtió á Jesucristo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN VIATOR, obispo y confesor, en Bérghamo.

SAN POMPEYO, obispo, en Pavia.

SAN AGNELO, abad, en Nápoles en Campaña, esclarecido con la gracia de los milagros; viéronle muchas veces con el estandarte de la cruz, libertar la ciudad cercada de los ejércitos enemigos.

SAN JUAN DE LA CRUZ, confesor, en Ubeda en España, compañero de Sta. Teresa en la reforma de los Carmelitas: su festividad se celebra el día 24 de noviembre. (*Véase su vida en aquel día.*)

SAN MATRONIANO, ermitaño, en Milan. (Corresponde este Santo á los primeros siglos de la Iglesia.)

SAN NICASIO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Nicasio, reputado universalmente por una de las principales lumbreras de la Iglesia, de quien quiso Dios servirse para ilustrar á las Galias, floreció en los infelices tiempos que varios enemigos de la religion de Jesucristo arrasaban á sangre y fuego los mas antiguos y cuantiosos pueblos de las provincias del Occidente donde emprendió su barbarie. Aunque no convienen los escritores de las actas de este ilustre mártir de Jesucristo en el tiempo fijo de su promocion al obispado de Reims, la opinion mas verosímil le sostiene á fines del siglo IV y principios del V, cuando los vándalos, los suevos y los alanos, despues de haber derrotado á los francos, que guardaban los límites del Rhin bajo la dominacion de los romanos, se arrojaron cruelmente sobre las Galias, tomaron y quemaron á las ciudades de Mayence, de Wormes, Amiens, Arras y otros muchos pueblos.

En esta desgraciadísima época, colocado en la cátedra de Reims S. Nicasio, brillaba como luminosa antorcha sobre el candelero de la Iglesia por la justificacion de su conducta, por el ardor de su zelo, y por los muchos milagros con que Dios recomendaba su santidad; preparado de su parte á cuanto podia sobrevenir de aquellas implacables gentes. Habia prevenido á su pueblo con sus frecuentes predicaciones, con sus paternales exhortaciones y con saludables consejos á que procurasen por medio de su conversion sincera á Dios y fructuosa penitencia evitar el castigo con que les amenazaba la divina justicia, justamente irritada por sus ofensas. Pero como habia en aquella multitud de fieles varios espíritus altivos y rebeldes que rehusaban prestar oídos á la esforzada voz de su santo pastor; penetrado éste del mas vivo dolor por su estraña resistencia, trató de poner en movimiento todos los arbitrios que le dictó su pastoral vigilancia, y de valerse de cuantos medios discurrió oportunos para dar mas fuerza á sus instrucciones. Gemia el Santo en la presencia de Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias: pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, mortificaciones, ni vigiliass, para que el Señor abriese los ojos de aquel ciego rebaño, por cuya salvacion estaba pronto á sacrificar su vida. Pero como supo, ó por revelacion divina, ó por unas prudentes conjeturas, que se acercaba el estrago de su pueblo, y que era inevitable su

ruina, mediante la precipitada marcha de los bárbaros hacia la Galia Bélgica, persuadió á su rebaño la necesidad en que se hallaba de disponerse á recibir con toda humillacion y sumision á la mano de Dios, y con espíritu de verdadera penitencia, el azote severísimo con que el Señor iba muy presto á vengarse de sus delitos por el ministerio de sus enemigos.

Sucedió así con efecto según lo profetizó el Santo, y cuando los vándalos se presentaron delante de la ciudad para formar el sitio, en lugar de aprovecharse de una fácil retirada Nicasio, como se lo aconsejaban, quiso permanecer con la parte de su rebaño que no podía huir, y con los que estaban destinados á la defensa del pueblo, á fin de trabajar á lo menos en la salvacion de las almas que no podian librarse de la muerte, siempre dispuesto como buen pastor en rescatar la vida de la menor oveja á precio de la suya. Durante todo el tiempo del sitio, que el vigor de los sitiados hizo mas lugar al santo obispo, espuesto á todos los peligros como un simple soldado, no cesó de predicar la penitencia y la perfecta sumision á las disposiciones de Dios, exhortando á todos á sufrir sin alteracion ni impaciencia los efectos de la adorable providencia que los tenia reducidos á aquella penosa situacion, aprovechándose de las penalidades que padecian para la expiacion de sus culpas; y en fin, á preferir generosamente la muerte á una vida que no podia conservarse sin detrimento de la religion cristiana que profesaban; haciéndoles la misma exhortacion su hermana Eutropia, puestas las manos y los ojos en el cielo, escitando á la plebe llena de fervor á que lograrse la corona del martirio en ocasion tan oportuna por defensa de la fe.

Luego que se rindió la ciudad, y que los bárbaros, irritados de la valerosa resistencia que se les habia hecho, se negaron á toda compasion, salió el santo obispo de la iglesia, acompañado de su hermana y algunas otras personas que se refugiaron con él á implorar la misericordia de Dios en aquel conflicto; y puesto en el atrio del templo, indicando con la mano silencio á las tropas, lleno de aquel zelo santo, y de aquella generosa valentia que constituye el carácter de los varones apostólicos, les habló en estos términos: *¿ Por qué convertis en ira vuestras victorias contra las leyes de la humanidad, que dictan á los nobles triunfadores perdonar á los rendidos, y solo castigar á los rebeldes? Mirad este pueblo cristiano postrado á vuestra presencia esperando la remision de su delito. Cesad en la inhumanidad, arrepen- tios de vuestras crueldades, reconoced al verdadero Dios, que solo os permite para correccion de los fieles sus hijos: temed su ira,*

no sea que se convierta en dispendio de vuestra eterna condenacion. Pero si no quereis perdonar á mis ovejas, ofrecedme á mí primero en sacrificio por ellas á la Majestad suprema.

Cuando un discurso tan conciso como nervioso parece que debiera contener el furor de los invasores; como ellos no tenian ideas de humanidad, ni respetaban el carácter de las personas mas santas, se arrojaron cruelmente sobre el venerable prelado, y despues de una multitud de ultrajes, le cortaron la cabeza, repitiendo el Santo al tiempo del sacrilego atentado aquellas expresiones del real profeta: *Vivificame, Señor, según tu palabra.* Aparentaron los bárbaros querer perdonar á Sta. Eutropia, hermana de Nicasio, virgen consagrada á Dios en este estado; pero persuadiéndose la Santa que la reservarian para violar su honor, y aun la fe, les hizo entender en un tono majestuoso, que ella estaba resuelta á sacrificar su vida para salvar cualesquiera de los dos extremos; é irritados los bárbaros de su ardimiento, le dieron muerte con la inhumanidad de su costumbre, haciéndola participante, contra su perversa intencion, del mismo glorioso triunfo que su santo hermano.

No tardó el cielo en tomar venganza del sacrilego atentado. Apenas lo ejecutaron, experimentaron los bárbaros una derrota terrible por medio de los ángeles que envió el Señor para castigo de su insolente atrevimiento; y oyeron en la iglesia un sonido formidable y espantoso, de lo que, aterrados los invasores, huyeron con precipitacion á los montes, sin atreverse despues á volver á la ciudad; con cuyo motivo los pocos ciudadanos fugitivos que se ocultaron en diferentes partes, habiendo observado la repeticion de luces celestiales, luego que entendieron la fuga de los enemigos, concurrieron al pueblo, y dieron sepultura á los venerables cuerpos de S. Nicasio y Sta. Eutropia en el cementerio de la iglesia de S. Agricola, donde Dios hizo conocer la santidad y la gloria del santo obispo por medio de los muchos prodigios que obró por su intercesion. En el siglo VIII ó IX un obispo de Noyon, que lo era tambien de Tournay, elevó una porcion considerable de las reliquias de S. Nicasio, y las colocó en las iglesias de ambas ciudades; y el resto fué trasportado despues por Foulques, arzobispo de Reims, á la iglesia de nuestra Señora. Pero habiéndose prendido fuego á la catedral de Tournay, salvó la reliquia del Santo un sacerdote, y la llevó á Reims, donde colocada con las demás, se le tributa el culto y veneracion correspondiente.

SAN JUSTO Y ABUNDIO, MÁRTIRES.

ENTRE los muchos mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe en España, numeran varios escritores nacionales á S. Justo y Abundio, ambos dignos de memoria eterna por los gloriosos triunfos que consiguieron de los gentiles. Sucedió en el imperio romano por muerte del emperador Probo Marco Aurelio Caro, quien tomó por compañeros en el gobierno á sus dos hijos Carino y Numeriano, y aunque los dos primeros fueron algo favorables á los cristianos, no así Numeriano que los persiguió cruelísimamente. Envío éste á España por gobernador de la provincia de la Bética ó Andalucía á Olibrio, uno de los mas ciegos partidarios de las supersticiones paganas; y queriendo acreditarlo así, hizo padecer en las ciudades de su departamento á muchos cristianos inocentes, no por otra causa que la de resistirse con heroica fortaleza á ofrecer sacrificio á los ídolos. Supo este tirano, que en Baeza se distinguia Justo entre los fieles por el zelo que manifestaba en la defensa de la religion de Jesucristo; y como sus deseos no eran otros que los de castigar severamente á semejantes profesores, hizo que compareciese á su tribunal, en el que reprendió sus procedimientos contra lo mandado por los príncipes del mundo. Sufrió Justo un dilatado interrogatorio en orden á su religion; pero solicitando Olibrio obligarlo á que prestase adoracion á los dioses romanos, le hizo entender, que estaba pronto á perder la vida una y mil veces si posible fuera, antes que cometer la sacrilega impiedad á que queria precisarle. Ofendido el tirano de una respuesta que no le daba esperanza de poder reducirlo, mandó atormentarlo en ciertas ruedas, con que los gentiles despedazaban los cuerpos de los mártires de Jesucristo. Mantúvose el ilustre confesor en medio de aquel bárbaro tormento con una tranquilidad inalterable, cantando himnos de divinas alabanzas, y queriendo el Señor ostentar su infinito poder para confusion de los paganos, hizo que se deshiciese aquella máquina horrible, quedando su fidelísimo siervo sin el menor daño.

Parece que debiera Olibrio abrir los ojos á vista de aquel extraordinario prodigio; pero creyendo que perdía toda su reputacion, si no triunfaba de un hombre que despreciaba á sus dioses, mandó que lo echasen en un horno encendido. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad; mas repitiendo el Señor la misma maravilla que obró en el horno de Babilonia con

los tres ilustres jóvenes Ananias, Azarias y Misael arrojados al fuego por Nabuco, se conservó ileso entre las llamas, bendiciendo á Dios con festivos cánticos.

Hallábase presente á aquel espectáculo cierto cristiano llamado Abundio, y encendido en vivísimos deseos de ser participante de la dicha de Justo, comenzó á declamar contra los procedimientos del tirano en términos, que enfurecido Olibrio como un bravo leon, le amenazó con los mas fieros tormentos si no sacrificaba á los ídolos. Despreció Abundio con generosidad la conminacion, y revestido de aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo, le hizo entender el enorme error en que vivian los gentiles, ofreciendo sus sacrificios á los demonios bajo el velo de quiméricas deidades representadas en unas vanas estatuas, manifestándole al mismo tiempo la razon y la justicia que habia, para que todos los hombres tributasen sus cultos al Dios verdadero Criador del cielo y de la tierra. No pudo contener Olibrio la indignacion dentro del pecho al oír las espresiones de Abundio, y encendido en una rabiosa cólera mandó que le arrojasen al horno donde estaba Justo. Ejecutóse así sin la menor dilacion; pero como Dios queria manifestar á los paganos el cuidado especial que tenia de sus ilustres confesores, dispuso que el incendio no tocase ni aun á sus vestidos.

Ultimamente apurado todo el sufrimiento de Olibrio viendo que con tantas maravillas se confirmaba mas y mas la verdad de la religion de Jesucristo, al paso que se desacreditaba el ningun poder de sus mentidas deidades, los sentenció á degüello. Llevaron los paganos á Justo y Abundio al lugar del suplicio, y presentando ambos con igual valor y con igual alegría los cuellos al verdugo, lograron la deseada corona del martirio en el dia 14 de diciembre por los años 283. No se olvidó la Iglesia de España del glorioso triunfo de los dos ilustres mártires, cuya memoria se celebró en tiempo de los godos, como se acredita por el oficio y elegante himno que consta en el breviario Mozárabe segun el orden del padre S. Isidoro.

SAN ESPIRIDION, OBISPO.

SAN Espiridion, uno de los mas ilustres confesores de Jesucristo, célebre en toda la Iglesia por su santidad y por sus milagros, nació en la isla de Chipre á mitad del tercer siglo. Su familia era cristiana, y se distinguia por la hospitalidad que ejercitaba con los siervos de Dios. Nuestro Santo pasó sus primeros años en el monte guardando el ganado de su padre, y esta so-

ledad no sirvió poco para criarle y arraigarle en la inocencia. El Señor, que gusta derramar abundantemente sus gracias en las almas puras, le dió desde niño un gusto particular á la virtud. Gustaba Espiridion de Dios; la soledad tenia muchos atractivos para él; y hubiera pasado su vida en este inocente y humilde retiro, si sus padres no le hubieran obligado á casarse. Aunque tenia repugnancia á abrazar este estado, obedeció, resuelto siempre á vivir una vida pura y cristiana en el matrimonio. Este nuevo estado no desconcertó la regularidad de sus costumbres, ni su conducta. Quiso continuar su ejercicio de pastor, el que apartándole del comercio de los hombres, le daba mas libertad para conversar con Dios, y no perderle jamás de vista. Su soledad le hacia cada dia mas interior, y el Espiritu Santo que le instruía, le hacia admirar todos los dias las maravillas y las perfecciones del Criador en todas sus criaturas.

Por mas oscuro que fuese el empleo y la habitacion de Espiridion en los bosques, el resplandor de su alta virtud no dejaba de hacerse admirar en los poblados. No se hablaba en toda la isla sino de la santidad de este admirable pastor; cuando Maximino, apellidado Daca ó Danés, habiendo sido creado César con Severo el año 304, y habiéndole cabido en la particion el Oriente, comenzó á ejercer contra los cristianos crueldades nunca oídas. La reputacion de Espiridion estaba demasiado estendida por todo el pais para no ser delatado á los ministros de Maximino, como uno de los mas célebres cristianos que habia en la isla de Chipre. En efecto, fué preso y condenado á las minas despues de haberle sacado el ojo derecho, y desjarretado el nervio de la corva izquierda. El santo confesor, saltando de gozo por haber sido encontrado digno de padecer por Jesucristo, fué al lugar de su destierro, y trabajó en las minas hasta la muerte del tirano, que sucedió hácia el año 313. Habiendo cesado la persecucion por la muerte de Maximino, volvió S. Espiridion á la isla de Chipre, y gozó de la paz que dió á la Iglesia el reinado del gran Constantino.

Como el amor á su querida soledad se habia hecho mas vivo y mas ardiente despues de su gloriosa confesion de la fe, volvió S. Espiridion á su primer ejercicio de pastor y á la oscuridad de su primer retiro. Pero no tardó Dios en manifestar con prodigios la eminente santidad de su siervo. Cuenta Sozomeno, que habiendo entrado una noche en su cabaña unos ladrones, se sintieron detenidos por una mano invisible, y como presos con cordeles que no los dejaban escapar. Habiendo ido por la mañana S. Espiridion, segun costumbre, á apacentar su ganado, los en-

contró todavia suspensos é inmóviles; y ellos, avergonzados de verse cogidos en esta postura, le confesaron su mala intencion. El Santo se compadeció de ellos, se puso en oracion, y habiendo conseguido desatarlos, les dió un carnero, añadiendo con gracejo, que queria pagarles la pena que habian tenido en guardar su ganado durante la noche: al despedirlos les dijo que hubieran hecho mejor si le hubieran pedido lo que necesitaban, que en tomarlo por su mano; y despues de haberles hecho una reconvenccion llena de dulzura y caridad sobre la vida que traian, los dejó que se fueran en paz.

Nuestro Santo crecia todos los dias en virtud, y su virtud se hacia admirar cada dia mas: cuando mientras él se ocupaba en apacentar las ovejas, le escogió Dios como á otro Moisés para conductor de su pueblo. Habiendo muerto el obispo de Tremintunte en la isla de Chipre, el clero y el pueblo clamaron, sin duda por inspiracion, que querian todos por obispo á Espiridion. Estaba viudo habia muchos años, y su vida hubiera podido servir de modelo á los mas santos religiosos y á los mas perfectos anacoretas. Una eleccion, que tenia tantas señales de ser de Dios, no halló oposicion sino de parte del Santo. Representó su poca capacidad, su simplicidad y su poca habilidad para encargarse del cuidado de una iglesia. Todo se despreció, y despues de haber recibido todos los sagrados órdenes, fué consagrado obispo con universal aplauso. Su conducta, llena de prudencia y de piedad, justificó bien pronto una tan santa eleccion. Aunque la sencillez parecia ser el carácter particular de todas sus acciones, era una sencillez acompañada siempre de prudencia, una sencillez que le hacia familiar la comunicacion con Dios, y que le hacia caminar con seguridad: aunque no tenia letras, ni parecia haber estudiado las ciencias humanas, no dejaba de estar muy instruido en las santas Escrituras; y parecia haber sido instruido por el Espiritu Santo, segun poseia la ciencia de la religion, y segun la exactitud con que observaba y hacia observar las tradiciones eclesiásticas.

Hallándose un dia en una junta de los obispos de Chipre, uno de ellos, llamado Trifilo, obispo de Ledres, hombre elocuente y de gran literatura, fué encargado de predicar al pueblo en la misa: teniendo que citar el pasaje del Evangelio en que Jesucristo dijo al paralítico que se levantara y cogiera su lecho, se sirvió de otra espresion griega como mas noble. S. Espiridion no pudo sufrir aquella falsa delicadeza, y levantándose, con una especie de indignacion, representó al predicador con humildad, que él no era mas hábil que aquel que habia dicho *tolle gra-*

batum, para que quisiera usar en lugar de *grabatum* de la palabra *lectum*. Se aplaudió su zelo, y conocieron todos el respeto con que se deben mirar todas las palabras de la sagrada Escritura.

Jamás se vió mas dulzura, mas caridad, mas zelo en un pastor: todo el mundo le respetaba como á un varon de Dios, todos le miraban como á su padre. No hubo pobre en toda su diócesi, que por decirlo así, no fuese mas rico que él, pues todo lo que tenia lo daba á los pobres. Habia tenido de su matrimonio una hija, llamada Irene, que habia consagrado á Dios su virginidad; la cual vivia con él, y le servia, haciendo profesion de una virtud muy ejemplar. Habiendo muerto esta hija antes que él, una particular vino á pedirle un depósito que habia entregado á su hija sin noticia del padre. Habiendo buscado S. Espiridion por toda la casa el depósito, y no habiéndole encontrado, se fué con el dueño al sepulcro de su hija; y en presencia de mucha gente que le habia acompañado, la llamó por su nombre, y la preguntó ¿donde habia puesto el depósito que le pedia aquella mujer? Y diciendo la difunta, en voz inteligible á todos, el lugar donde le habia puesto, el Santo dijo: *Descansa en paz, hija mia, hasta que el Señor te resucite.*

Los milagros acompañaban todas sus acciones, y se multiplicaban á cada paso. Saliendo un dia de su casa para ir á la iglesia, se le puso delante una mujer jóven, estrangera, que llevaba un hijo muerto entre sus brazos; y ya sea que el dolor la impidiese esplicarse, sea que ignorase la lengua del país, no hizo otra cosa que poner su hijo á los pies del Santo, no hablando sino con gemidos, sollozos y lágrimas. El santo obispo conoció facilmente lo que esta mujer desconsolada queria; y movido á compasion suplicó á Dios consolase á aquella mujer, y al mismo instante resucitó el niño, lo que causó en la madre un gozo tan escesivo, que murió allí mismo, y fué necesario que el Santo hiciese otro milagro para dar la madre al hijo así como habia dado antes el hijo á la madre.

Hacia siempre á pié la visita de su diócesi, sin tren, sin fausto, sin equipaje: su pobreza y su sencillez en nada derogaban á su carácter; su santidad le hacia en todas partes mas respetable; y en efecto, no se veia obispo mas respetado, confirmando Dios todos los dias la veneracion que le tenian con nuevos milagros. Habiendo sido calumniado un amigo suyo, que estaba ya para ser condenado al último suplicio, en este conflicto escribió al Santo rogándole que viniera á verle: el Santo tomó al punto su camino; pero hallándose detenido por un arro-

yo, hizo la señal de la cruz sobre las aguas, las que habiéndose separado, le dejaron libre el paso, y quedaron detenidas hasta que hubo llegado á la otra ribera.

Habiendo sido convocado en su tiempo el primer concilio general de Nicéa, asistió á él nuestro santo obispo, y aumentó el número de tantos ilustres confesores como hacian la mayor parte de este concilio. Una junta de tan sabios y tan santos prelados atrajo muchas gentes; y sobre todo muchos solistas y filósofos paganos, muy versados en la dialéctica, los que pidieron los dejasen conferenciar con los obispos, esperando embrollarlos con sus sutilezas, y vengar con esta pretendida victoria el daño que la religion cristiana habia hecho al paganismo. Uno de los mas osados y mas hábiles de estos filósofos se presentó, y dió desde luego pruebas de su suficiencia. Aunque entre los obispos se encontraban muchos hombres sabios, y ejercitados tambien en el arte de la disputa, ninguno pudo llegar á convencerle, y cerrar la boca á este sofista insolente, el que por su artificiosa locuacidad y por sus sofismas eludía las mas fuertes razones, y con tono y ademan de triunfo parecia insultar á los obispos. No pudiendo sufrir S. Espiridion la arrogancia del filósofo pagano, que se burlaba de los defensores de la verdad con fausto y altanería, se levanta de su silla, y pide á los prelados de la asamblea que le den permiso para hablar. Por mas alta que fuese la idea que se tenia de su piedad, como no era tenido por sabio, hizo reir á muchos su peticion; los mas sabios llegaron á avergonzarse, pareciéndoles que la simplicidad del buen viejo habia de dar á los enemigos de la religion alguna ventaja sobre los cristianos: sin embargo, el respeto que se tenia á su edad y á su santidad hizo que nadie se atreviera á embarazarle el que hablase. El filósofo, fiero como otro Goliat, le recibió como á un niño que aun no sabe articular las palabras. Habiéndose acercado el Santo á él, le dijo con un tono grave y majestuoso: «Oye, filósofo, en el nombre de Jesucristo, y aprende la verdad: No hay mas que un Dios, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles; que lo ha hecho todo por la virtud de su Verbo, y que lo ha afirmado todo por la santidad de su Espiritu. Este Verbo, á quien nosotros llamamos el Hijo de Dios, tuvo compasion de los desbarros y miserias de los hombres, y quiso encarnar y nacer de una Virgen, conversar entre los hombres, como uno de ellos, morir por ellos, resucitar para abrirles y allanarles el camino de una vida eterna. Al fin de los tiempos vendrá á juzgar á todos los hombres para premiarlos ó castigarlos, segun el bien ó el mal que hubiesen hecho. He aquí, filó-

sofo, lo que nosotros creemos sin curiosidad y sin ostentacion. Ahora, pues, sin atormentarte inútilmente en buscar razones contra lo que acabo de decirte, ni examinar lo que ni tú ni yo somos capaces de comprender, respóndeme solamente si lo crees; esto es solamente lo que te pido.» El filósofo que le habia estado escuchando atentamente y con respeto todo el tiempo que habia hablado, dijo en voz alta que lo creia; y no pudo responder otra cosa: «Si crees estas verdades, replicó el santo obispo, ven conmigo á la iglesia, y recibe la señal y el sello de esta fe.» Como se habia levantado un gran ruido en toda la sala, que estaba llena de una tropa innumerable de gentes, escitado por el pasmo de los unos, y por la admiracion de los otros, el filósofo que se habia puesto en ademán de seguirle, volviéndose hácia la gente, exclamó: «Oídme, los que haceis profesion de sabios: mientras que se ha disputado conmigo con palabras, he respondido con palabras, y he empleado el arte del racionio para refutar los racionios que se han empleado contra mí; mas cuando á las palabras se ha hecho suceder una fuerza enteramente divina, las palabras humanas no han podido sostener esta fuerza, y el hombre no ha podido resistir á Dios. Sentid vosotros esta virtud sobrenatural, y os rendireis fácilmente á la verdad, creereis en Jesucristo como yo creo, y seguireis como yo á este santo obispo por quien Dios ha hablado.» Este filósofo, á quien algunos llaman Eusebio, despues de haber dado mil gracias al Santo por haberle convencido y convertido, se fué tras él, y recibió el bautismo el mismo dia.

Un suceso tan maravilloso dió un nuevo lustre á la virtud de nuestro Santo, é hizo célebre su nombre en todo el imperio. San Espiridion asistió aun muchos años despues al concilio de Sardica, donde la fe Nicena fué confirmada, y absuelto S. Atanasio. Habiendo caido enfermo el emperador Constancio, que habia sucedido al gran Constantino su padre, y estando desahuciado de los médicos, recurrió al valimiento que tenia nuestro Santo con Dios, y le hizo venir á Antioquia á pesar de su avanzada edad. Habiéndose presentado á la puerta de palacio con un equipaje muy pobre, fué despedido con desprecio, y aun se dice le dieron una bofetada, y que habiendo presentado el otro carrillo, este acto de humildad del venerable viejo dió tal golpe al guardia, que le hizo arrepentir, y pedirle perdon de su arrebató. Habiendo entrado, oró á Dios por la salud del emperador, el cual sanó milagrosamente, lo que aumentó la veneracion al Santo en la ciudad y en el palacio.

San Espiridion se volvió á su iglesia, donde tuvo revelacion del

dia de su muerte; pero no tuvo mucho que hacer para disponerse á tener una muerte santa y preciosa, pues su larga vida no habia sido otra cosa que una continua preparacion para la muerte. Murió en fin, lleno de dias y de merecimientos, el 12 de diciembre segun el Menologio de los griegos, que celebran todavía su fiesta con gran solemnidad, y la ponen entre las de primera clase y de primera obligacion.

La misa es en honor de S. Nicasio, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos benigno que merezcamos la alegras con la festividad de tu proteccion de aquel, cuya memoria bienaventurado mártir y pontífice S. Nicasio celebramos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol S. Pablo á los corintios.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones; para que nosotros podamos consolar á aquellos que se hallan en iguales aflicciones, con la misma exhortacion que lo somos por Dios. Porque así como abundan en nosotros las pasiones de Cristo, del mismo modo superabunda nuestra consolacion por este Señor. Ya seamos atribulados por vuestra exhortacion y salud, ya consolados por vuestra consolacion, ya exhortados por vuestra exhortacion y salvacion; en todo solicitamos daros ejemplo de tolerancia en las mismas pasiones que padecemos: para que con vuestro sufrimiento viva nuestra esperanza mas segura por vosotros: sabiendo, que así como sois socios en el padecer, lo sereis en la consolacion de nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Bendito sea el Dios de todo consuelo. ¡Oh, y cuanta verdad es que solo Dios es el Dios de todo consuelo! Inútilmente se procura engañar, divertir y alegrar el corazon con todo lo que le gusta: *Inquietum est cor meum, donec requiescat in te.* Siempre está acompañada de amargura la mas esquisita alegría en no teniendo á Dios por principio: solo Dios puede saciar y sosegar nuestro corazon: de todos tiempos y de todos climas son fruto los cuidados y las inquietudes: llorando nacimos, y llorando moriremos.

Sembrado está de espinas el espacio que hay entre la cuna y la sepultura. Todos los frutos que lleva la tierra son verdes y amarillos; solo pueden saber bien á los que tienen estragado el paladar. Dios es únicamente el Dios de todo consuelo, y así no hay que buscarle en otra parte, pues no hay verdadera dulzura que no se derive de este manantial. Fué el hombre criado para Dios; este es nuestro único fin, y toda nuestra felicidad. Aquel Señor que á cada criatura señaló su fin y el centro de su reposo, no es verosímil que solo al hombre le negase esta prerogativa, especialmente habiéndole él mismo impreso una ansia estremada de ser dichoso, con imposibilidad de serlo en este mundo. Mas ha de seis mil años que todos los hombres trabajan por ser felices, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar aquella felicidad llena y perfecta, que colme y fije todos sus deseos; siempre queda en el corazón un inmenso vacío, que no pueden llenar todos los objetos criados. No nació para ellos el hombre, y así no le pueden satisfacer, ni le pueden consolar en el lugar de su destierro; es necesario que se eleve á Dios, y luego que tome este partido halla la paz, la suavidad y el consuelo que no puede encontrar en otra parte. ¡Cosa estraña! buscar el consuelo en medio de las amarguras de que está inundada toda la tierra. En el mundo no hay bien alguno puro, todos están mezclados con las adversidades. Son las cruces hereditarias en todas las familias; ni las más opulentas son las más felices, ni las mayores las más tranquilas. Son muy contados los días serenos; y se pasan pocos sin disgustos ni desazones: En vano se busca el consuelo en los tesoros, en las fiestas, en el juego, ni en los espectáculos; esas diversiones suspenden por algunos momentos nuestro desasosiego; pero solo Dios es quien nos consueta total y plenamente.

El Evangelio es del cap. 16 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder: esto es, retraer de las delicias del siglo; y el que así la perdiere por mí, la en-

contrará en la vida eterna. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde su alma? ¿ó qué equivalente dará el hombre por ella? Sabed, que el Hijo del hombre ha de venir en el juicio universal en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces remunerará á cada uno según sus obras.

MEDITACION.

De las diversiones de las gentes del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nada causa mas admiracion que el ansia con que en el mundo se solicitan las diversiones, en medio de profesarse una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion. Los pasatiempos son en el dia de hoy cosecha de todas las estaciones y de todas las edades. Ya no se pregunta si conviene á un cristiano pasar una vida delicada, ociosa y divertida: ¿cuantos cristianos miran hoy con cierta especie de lástima, y tienen por infelices á los que no se hallan en estado de entregarse á la delicadeza, á la ociosidad y á las delicias? Y en medio de eso, esos mismos cristianos que viven de esta suerte, creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven totalmente abandonados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que no es vida cristiana la delicada, la ociosa y la divertida, y que no puede ser discípulo de Jesucristo el que cada dia no lleva su cruz, mortificándose todos los dias. Busca, imagina, si puedes, otra contradiccion mas monstruosa. Con todo, esta es puntualmente la contradiccion que nos presenta la licenciosa conducta de la mayor parte de las gentes del mundo. ¿Y qué se ha de concluir de dos filosofías morales tan opuestas? ¿Pero cual será, Dios mio, el fin de estas espantosas contradicciones? Divertimonos, se dice, es verdad; pero ¿qué pecado es el divertirse? ¿qué mal hay en estas diversiones? El retirarse al campo, es para respirar, es para desahogarnos un poco de las enfadosas ocupaciones de la ciudad. El otoño es el tiempo mas oportuno para lograr la diversion de la campiña. ¿Qué pecado hay en los juegos inocentes, en la concurrencia de cuatro amigos, y en las diversiones de campo, en que se emplea con poca interrupcion el tiempo que se vive en la aldea? Respondo con otra pregunta: ¿y en qué parte del Evangelio se lee que haya algun tiempo en la vida, en el cual sea lícito entregarse totalmente al regalo, á la diversion y á los pasatiempos con un entero olvido de Dios? ¿Qué mal se hace? ¿Y no será bastante malo no hacer cosa buena, el que en todos tiempos y á todas horas está obligado á hacerlas; el que será irremisiblemente reprobado si no hizo todas las que debió? ¿Qué mal se hace? ¡Pues qué! una vida consumida en mil inutilidades; una vida, por decirlo así, embriagada en la delicadeza y en la ociosidad, ¿será vida cristiana? Y si no lo es, ¿no será este un gran